

MIEDO

El miedo es efecto de un estado emotivo. Se trata de una emoción, biológicamente justificada por la necesidad de preservar, o cuanto menos de poner en guardia, a los individuos menos fuertes de una especie. Es un carácter provocado por mecanismos análogos a los que procuran las inhibiciones, que inducen al autocontrol y reducen el máximo ejercicio de la propia fuerza. Es por inhibición que, instintivamente, el individuo más fuerte evita liquidar al individuo más débil de la misma especie, que a su vez reconoce y acepta su condición de inferioridad respecto al más fuerte y se somete, precisamente, por miedo. Se podría decir que inhibición y miedo representan los diferenciales entre lo que se podría hacer y lo que se hace, entre fuerza efectiva y fuerza expresada.

PERCEPCIÓN

La percepción del miedo puede ser racional y instintiva, puede tener carácter endógeno y exógeno, subjetiva y objetiva. Es racional y a menudo fundada, cuando deriva de la conciencia, es decir de la experiencia sensible o de la intuición, de la existencia del mal. Es instintiva cuando nace de la memoria genética, que echó raíces en el subconsciente: cuando, es decir, es efecto de una experiencia sensible o de una intuición transmitida por la progenie. Se habla, entonces, de miedo atávico. En ambos casos define de manera presuntiva los límites de nuestra fuerza, como consciencia interior de nuestras posibilidades. Es percepción de carácter endógeno cuando nace de nuestro interior, mientras que es de carácter exógeno cuando es manifestada por los otros. Es subjetiva cuando induce a temer por la propia incolumidad, física o no física, y es objetiva cuando hace temer por la incolumidad de uno o muchos otros.

RECONOCIMIENTO

El miedo es una necesidad, un problema material y, como tal, una vez percibido, tiene que ser reconocido. El reconocimiento fallido como problema material implica su aceptación como hecho ineluctable y falta de cielo abierto. Y aun cuando es hecho individual, éste es función del ser social – porque nace de la relación con los otros – y, a un tiempo, función del todo. Es uno de los condicionamientos percibidos por cada individuo de aquel todo junto del que formamos parte. El miedo no es un mal, no es una acción. En cambio es una manera de reacción, irresoluble sin el uso de la razón. El efecto fundamental del reconocimiento fallido del miedo como problema material soluble es la desesperación, con que se junta la ilusión y, hasta que haya vida, la inevitable desilusión. Desesperación por no poderlo enfrentar, ilusión de buscar consuelo en alguien o algo que lo venza, desilusión por la ineficacia del individuo delegado para resolverlo. A lo mejor el reconocimiento fallido produce un placer momentáneo, porque la percepción del miedo como hecho ineluctable procura cierta emoción. Pero es placer de percibir, no placer de ser. Por lo demás todos somos un poco masoquistas y el escalofrío de miedo es una experiencia como otra cualquiera. Sin embargo es necesario adherir a la percepción del miedo como problema material y, luego, reconocer su existencia, porque el hecho corresponde a evidencia, que se demuestra con el pathos que percibimos cada vez que percibimos miedo dentro de nosotros. Y es un pathos impediendo, un estado improductivo para nosotros y para los otros.

PRIORIDAD

La prioridad, es decir el nivel de precedencia que puede ser asignado al problema, está relacionada con la cualidad y con la dimensión del objeto – hecho o intuición – que la provoca, con el contexto – refractario, absorbente o marginante – en el que ocurre, y además con la consideración de sí mismo respecto al todo. Cuanto más se juzga considerable, cualitativamente y cuantitativamente, el objeto, es decir la acción

de mal percibida o temida, más absorbente o marginante es el contexto, porque la masa percibe más o porque aísla al individuo, más uno se siente fuera del todo, más el problema es prioritario. Incluso aquí, se trata de escoger entre prioridad instintiva y prioridad lógica o pensada. Cuanto más se usa la razón, más el juicio sobre el nivel de prioridad es verdadero y real, mientras que cuanto más se sigue el instinto, más es presunto. Ciertamente, como todos los juicios sobre la prioridad, también la respecto del miedo está en función de, es decir, en relación con otros problemas.

Este concepto de relación, entre otras cosas, es tanto más significativo cuanto más está fundamentado en la objetividad y en la razón.

ORIGEN

¿Pero de qué fenómeno tiene su origen el proceso del miedo? ¿De qué estado originario? Equivale a preguntarse: ¿de dónde nace el temor al mal? ¿Sólo de la experiencia del eventual y por tanto posible, total o parcial aniquilamiento de sí mismo o de otros? ¿O también de otro? ¿De la memoria, en sus tres niveles de génesis, de recuerdo remoto y del reciente, o a lo mejor también de una característica precisa del ser vivo, que evolucionó subjetivamente, llevándose consigo esta limitación? Podemos intentar retroceder de nuevo y analizar, bajo el aspecto endógeno y exógeno, el objeto agente, el mal, es decir, del que nace el miedo. Encontramos muerte física y psíquica, enfermedades, indigencias, violencia, impotencia, soledad, debilidad, ignorancia, instinto de atropello y, más atrás, necesidad de selección para finalidades evolutivas, necesidad de desequilibrio. Por fin encontramos el equilibrio inestable.

He aquí el origen del miedo, el estado en que se sabe no ser lo que se podría ser, la imperfección, la independencia querida o sufrida respecto al todo. De este estado se pone en marcha la necesidad del desequilibrio, del mal como acontecimiento necesario para alcanzar el reequilibrio en un estado más evolucionado. Tal desequilibrio, potencialmente reequilibrante, es el fenómeno del que se origina el miedo. Esta tesis se podrá juzgar sólo algo que se puede intuir y no probar, algo que es pre-temporal y pre-espacial, y se podrá decir que más interesa conocer el origen más reciente, el del que se desencadena el miedo dentro de cada uno de nosotros. El resultado no cambiaría. El mal, como elemento desencadenante, está siempre presente. La fuerza que lo mueve aún deriva de una necesidad – la de evolucionar – y el efecto, de hecho, es el mismo. Por reacción al mal tenemos miedo. El único carácter que ha cambiado respecto del estado originario es que hoy estamos en constante desequilibrio, mientras que al comienzo había equilibrio inestable. Supuestas tales orígenes y considerada la evidente existencia de una relación entre mal, como fuerza que produce desequilibrio, y bien, como fuerza que propende al reequilibrio, el miedo se pone entre estas dos fuerzas. De este punto de vista, entonces, el miedo se vuelve un obstáculo, o un filtro, respecto a las máximas expresiones de las fuerzas del bien y del mal, un tipo de freno bivalente. Nos preserva de un mal peor y nos impide producir un bien mejor.

CAUSA

Ya hemos visto que el acontecimiento, la causa, que determina el miedo es el mal. Un acontecimiento que puede ser activo y pasivo, en el sentido de que puede tratarse de miedo a sufrir y de miedo a hacer el mal. En el primer caso la fuerza del mal se supone es más fuerte en el todo o en una parte del todo fuera y en contra de nosotros, mientras que en el segundo, mucho más raro, se supone es más fuerte en nosotros y en contra del todo o parte de éste. En todo caso, si el miedo es reacción a una acción de mal, una reacción de bien debería atenuar el mismo miedo, justamente

porque la expresión de un mayor bien deja huellas sólo hacia otras acciones de mal, pero no de las vencidas con la acción de bien.

OBJETIVO

Para vencer el miedo es preciso fijarse esto como objetivo. Es del objetivo que nace el acto de voluntad de realizar la actividad, las acciones necesarias para salir de un estado de aceptación postrante y de impotencia. Fin último es el de eliminar el miedo, mas este fin implica reacomodarse el sistema cerebral, que puede derivar sólo de una rectificación en las reacciones bioquímicas de las células nerviosas que lo componen. Y tal reacomodarse tiene como premisa la eliminación del mal, como fuerza del desequilibrio, que es su causa originaria.

SOLUCIÓN

La manera para superar el miedo está en la consideración del potencial de fuerza. Cada uno de nosotros es capaz de realizar acciones que retiene por provecho, por costumbre o por lugar común. Cualquiera de nosotros, físicamente sano, puede subir a la Torre Eiffel con un pequeño paracaídas escondido en un bolso y de arrojarlo en el vacío, como es capaz de pincharse un dedo para hacer brotar sangre de éste o de contener la respiración durante pocos segundos con la cara sumergida en un barreño de agua. No obstante, poquísimos tuvieron el coraje de echarse con un paracaídas de la Torre Eiffel, pocos de pincharse y no todos de somergir la cara en agua. Hacer un examen de las cosas que cada uno de nosotros podría hacer, si lo quisiera, y hacer una comparación con las que se hacen, significa determinar cantidad y cualidad del diferencial entre fuerza no expresada y fuerza expresada y descubrir, justamente, la propia fuerza potencial.

La solución del problema del miedo es eso: el conocimiento de todo el propio potencial de fuerza. Y es en este punto que el bien gana, porque orienta la fuerza potencial hacia efectos que no son implicables. Hubo personas enfermas de cáncer, que rechazaron la muerte hasta que ocurrió un hecho – el nacimiento de un nieto, el regreso de un prisionero de guerra, la realización de una misión – o hasta que consiguieron producir determinados efectos a los que consagraron la vida. Otras personas realizaron acciones juzgadas más allá de lo que se considera como la normal capacidad humana: la historia nos recuerda, entre los otros, Leónidas, Horacio Cocles, Crazy Horse, Silvio Pellico y, en tiempos más recientes, algunos nuestros partisanos, hombres y mujeres, que supieron, en poquísimos, aniquilar a grupos bien más fuertes que ellos. Algunos actuaron singularmente, otros en grupos organizados. Algunos usaron su fuerza potencial para combatir, otros para inducir a la conciencia a enteras poblaciones, otros más para experimentar sobre sí mismos sus teorías. Es verdad: bienaventurados los pueblos que no necesitan héroes. Pero en nuestro tiempo el pueblo es uno sólo, una humanidad de seis millardos de personas que sufren y aceptan precios muy superiores a los resultados que obtienen y, lo que es peor, sin que estos precios sean útiles para el conjunto de la humanidad. Y el pueblo aún necesita a alguien que pruebe que no tiene miedo, alguien a quien emular y a lo mejor alguien a quien llorar.

EFECTO

La consecuencia fundamental que deriva de la superación del problema del miedo por medio de la adopción de la solución fundamentada en la fuerza potencial es la autoconvicción de la invencibilidad del bien. Eso no significa que nada pueda parar a un individuo que conozca su fuerza potencial, sino significa ciertamente que pararle no podrá ser el mal. A lo mejor con el conocimiento del mal como acción, que propende a producir desequilibrio y con el conocimiento de la propia fuerza como capacidad de reacción, que propende a reconstituir reequilibrio, se halla en una condición

irrefrenable de potencial superación del desequilibrio y considera verdadero, bello y justo actuar en aquella dirección. A un tiempo, reconocerá la exigencia de nuevo desequilibrio, en un estado más evolucionado respecto al del que tuvo miedo. De esa manera, el miedo no desaparece como fenómeno, sino que se supera como estado. Ya no es hecho impediendo sino hecho propulsor. La misma condición bioquímica que induce al miedo ya no tiene motivo de existir y es absorbida por la reacción bioquímica inhibiente, que se manifiesta en todos los individuos vivos que saben ejercer su fuerza potencial y consideran la necesidad de expresarla.

MEDIOS

El medio más eficaz y que se puede usar frecuentemente para vencer el miedo y, en cierto punto, para eliminarlo, es la razón, es decir el uso de la inteligencia. Con la razón podemos valorar nuestra fuerza potencial, decidir cuándo y cómo usarla en todo o en parte, actuar o resistir, prever o reaccionar contra. Es verdad, no todo es previsible, pero es más probable saber reaccionar a lo imponderable negativo después de haber previsto el más posible de cuánto es previsible. A veces, además, lo previsible también se puede determinar y, en ese caso, los efectos de una previsión fundada propenden a absorber de por sí lo imponderable.

ESTRATEGIA

La razón tiene que ser organizada en función del objetivo que se quiere alcanzar. El objetivo es la superación del miedo al mal. Entonces tenemos que imaginar una estrategia capaz de hacer inútil el mismo mal, su fuerza. La naturaleza usa la fuerza del mal para poner en crisis el bien y inducirlo a perfeccionarse en el tiempo. La fuerza del mal produce un estado de desequilibrio y la fuerza del bien un estado de reequilibrio según la siguiente concatenación:

efecto inicial o estado de equilibrio inestable
causa o necesidad de modificación del estado
acción o fuerza del mal
efecto o estado de desequilibrio
causa o necesidad de modificación del estado
acción o fuerza del bien
reacción o fuerza del mal
reacción contraria o fuerza del bien
efecto o estado de reequilibrio
causa o necesidad de modificación del estado
acción o fuerza del mal
efecto o estado de desequilibrio
causa o necesidad de modificación del estado
acción o fuerza del bien
reacción o fuerza del mal
reacción contraria o fuerza del bien
efecto o estado de reequilibrio
causa o necesidad de modificación del estado
acción o fuerza del mal

efecto o estado de desequilibrio

causa o necesidad de modificación del estado

acción o fuerza del bien

reacción o fuerza del mal

reacción contraria o fuerza del bien

efecto final o estado de equilibrio estable

Si suponemos que a cada estado de reequilibrio le corresponde un avance en la escala de evolución, nos percatamos de que para producir tal avance son precisos dos estados: uno de desequilibrio y uno de reequilibrio. Si el bien produjera autónomamente la fuerza para provocar su desequilibrio, la fuerza del mal ya no sería necesaria. Para hacer eso es necesario que la fuerza del bien se oriente hacia la acción hacia un estado de reequilibrio y no hacia un estado de desequilibrio. De tal manera el bien se volvería fuerza de acción bivalente, fuerza de desequilibrio y fuerza de reequilibrio y en vez de tener que actuar hacia un estado de desequilibrio, esperar la reacción del mal y reaccionar contra, actuaría respecto a un estado de reequilibrio y reaccionaría respecto a la tendencia estática del estado hacia el que se actúa. Y tendríamos una nueva concatenación, en la que a cada estado correspondería un avance evolutivo.

efecto inicial o estado de equilibrio inestable

causa o necesidad de modificación del estado

acción o fuerza del bien

efecto o estado de mayor equilibrio

causa o necesidad de modificación del estado

acción o fuerza del bien

reacción o fuerza del bien

efecto o estado de mayor equilibrio

causa o necesidad de modificación del estado

acción o fuerza del bien

reacción o fuerza del bien

efecto o estado de mayor equilibrio

causa o necesidad de modificación del estado

acción o fuerza del bien

reacción o fuerza del bien

efecto o estado de mayor equilibrio

causa o necesidad de mayor equilibrio

acción o fuerza del bien

reacción o fuerza del bien

efecto o estado de mayor equilibrio

causa o necesidad de modificación del estado

acción o fuerza del bien

reacción o fuerza del bien

efecto final o estado de equilibrio estable

PRAXIS

La praxis aplicada a la normal concatenación es causada por un proceso de reacciones para restablecer el reequilibrio de un estado puesto en desequilibrio por fuerzas adversas. En coherencia con la estrategia adoptada, la nueva praxis se expresa por medio de un proceso de acciones puestas en acción por las mismas fuerzas que produjeron el reequilibrio, que realizan muchas acciones y reacciones sucesivas.

OBSTÁCULOS

El obstáculo mayor es la ocasión inicial. En presencia de un estado de desequilibrio, las acciones producidas por las fuerzas del bien inducen reacciones por parte de las fuerzas del mal, en contra de las que es necesario reaccionar contra. Pero si con la conquista del estado de mayor reequilibrio las fuerzas del bien sabrán ponerse en tela de juicio con la producción de acciones encaminadas a producir desequilibrio y, sucesivamente otras acciones (reacciones) encaminadas a restablecer el reequilibrio, el obstáculo del mal será vencido, porque superfluo y inútil.

VERIFICACIÓN

El proceso de reacción nace sobre todo de la verificación del estado de equilibrio producido por la acción del bien. Un estado de reequilibrio es un estado imperfecto, susceptible de ser mejorado. La constante conciencia de este hecho crea la necesidad, la exigencia, de poner en tela de juicio los resultados alcanzados para mejorarlos hacia el objetivo final de la perfección.

CONCLUSIONES

El miedo nace de un estado emotivo que es puesto en desequilibrio. Como la inhibición, éste es una necesidad.

Su percepción es espontánea o inducida, dependiendo del nivel de experiencia sensible y de intuición.

Es un problema material y como tal se vuelve soluble.

Su nivel de importancia es relacionado con el objeto que se desencadena, es decir el mismo objeto que provoca el desequilibrio.

El origen es la conciencia de un estado en equilibrio inestable, que puede ser puesto en desequilibrio.

La causa del miedo es el mal, porque el mal es la fuerza que transforma un estado en equilibrio en un estado en desequilibrio.

Fin inmediato es el salir de la impotencia y fin último es el de eliminar el acontecimiento que causa el miedo, es decir el mal.

La solución del problema del miedo es la conciencia de la fuerza potencial, el diferencial entre fuerza expresada y fuerza no expresada.

El efecto de tal solución es la íntima convicción de la invencibilidad del bien.

Medio de solución es razón.

La estrategia está dirigida a modificar la concatenación que necesita el mal en una concatenación en que sea el bien que se pone en tela de juicio.

La praxis apropiada es la de usar la fuerza del reequilibrio para producir el desequilibrio.

El obstáculo es dado por las reacciones a la rectificación de la concatenación y en particular por las reacciones iniciales al cambio.

Para que sea posible que las mismas fuerzas produzcan reequilibrio y desequilibrio es necesaria una continua verificación de las condiciones del estado de reequilibrio.

Una última consideración. El mal, como fenómeno que induce al desequilibrio, existe y no es una invención. Eso significa que en cualquier momento de nuestra vida podemos sentir sus efectos sobre los otros y sobre nosotros. No será al huir, no será al aislarse que se impedirán los hechos negativos, más bien es muy probable que al rehuir la lucha y al no enfrentar la situación a cara descubierta, se sumen las condiciones de vulnerabilidad y aumenten así sus efectos. Pensar, razonar objetivamente, idear soluciones, producir ejemplos y comunicarlos, organizar los medios ciertamente es costoso pero a lo mejor menos costoso, por fin, que dejar todo como se encuentra.

La evolución tende al bien o , al menos, tende a potenciar la fuerza del bien. ¿Pero de cuánto tiempo, de cuántas energías necesitará la concatenación natural para no necesitar más el mal? ¿Qué precio se tendrá que soportar? ¿Cuántos seres humanos tendrán que morir de hambre, de guerra, de pobreza, de enfermedad, de soledad? ¿Y cuántos niños, cuántas mujeres, cuántos ancianos tendrán que pagar una evolución fundada en los instintos antes que en la razón? Ser libres de escoger significa escoger sabiendo y considerando esos hechos, porqué han ocurrido, ocurren y ocurrirán de nuevo. La humanidad necesita un acto de amor, no hacia sí mismo, no hacia los familiares y los amigos, sino hacia todos. Nos enseñaron que amar significa dar más de lo que se recibe para recibir más que lo que se da. Para alguien vivir a lo mejor significa aceptar el papel de dar para no recibir nada. En el interés de todos los otros.

Examinemos la situación actual. Un reducido número de personas decide por todos los otros, aprovechando su miedo y el inadecuado autocontrol. Con la ayuda de la ciencia y de la técnica se podrían resolver rápidamente todos los problemas materiales de seis millardos de personas. Los países occidentales tienen un potencial agrícola-alimenticio capaz de darle de comer al mundo, podrían producir medios de producción y transferir conocimiento suficiente para hacer autosuficientes a todos los pueblos de los países más pobres. Pero los sistemas occidentales, que inventaron la aldea global y el mercado único, sancionan a quien produce más que lo requerido en occidente. Se podría resolver el problema de la salud a nivel planetario, atenuar el exceso demográfico, eliminar el analfabetismo, producir sin destruir el medioambiente. Sabemos qué se debería hacer, mientras que asistimos a procesos inversos. Y la culpa es dada a los pueblos, a la gente común: que no entiende, no piensa, no participa, no controla y ... se echa a preguntarse para qué sirven los estados. O los sistemas democráticos son ideologías dirigidas a la catástrofe, o los en que vivimos son sistemas seudodemocráticos, sistemas formales, de las apariencias, detrás de las que se ocultan siempre los mismos privilegios, las mismas fuerzas de poder. Quizás sea verdad que la democracia no es el mejor sistema de gobierno, pero ciertamente para saberlo hay que adoptarla de manera sustancial y, en el fondo, de manera más verdadera.

Pocas personas se asumieron el papel de baluarte de la civilización y, a un tiempo, no tienen el coraje de pedirles a los pueblos participar realmente en los nuevos procesos que hoy resultan posibles.

Ahí está el mal. En quien sabe las cosas, tiene el poder de cambiarlas y las deja como están, en la convicción de que cambiar significa perder ventajas personales. Hasta que sea posible, es necesario modificar esta situación, diciéndole a la gente cómo

andan las cosas, de la manera más completa posible, y proponiéndoles a los pueblos participar con responsabilidad. Más que por amor hacia los otros, aceptarán al menos por amor hacia sí mismos. Y alguien tiene que aceptar el riesgo de dar la ocasión, para que todos puedan tener derecho a luchar por su felicidad.